



Hoja de Nuestra Señora de la
Clara Esperanza

N.60

REVISTA

www.hoja.claraesperanza.net
hoja.claraesperanza@gmail.com

- artículos
 - El hombre Simeón 
 - Sembrar y esperar 
- quiénes somos
- artículos anteriores

Síguenos en:



Claraesperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza



**“Dios, que es infinito amor,
se hace mendigo de amor.
Hace la creación y a los hombres
y nos pide que le amemos.”**

Alfredo Rubio

El hombre Simeón

Había en América Latina un hombre llamado Simeón, que era bueno y piadoso. Su fe le había enseñado a soportar las calamidades de la vida sin desesperarse y el Espíritu Santo estaba en él y le daba paz en su corazón y le hacía sonreír aún en los momentos más duros y difíciles y no perder la esperanza en medio de su lucha.

Él esperaba los tiempos en que Dios atendiera a su pueblo y los males que lo aquejaban: el hambre y el alto costo de la vida, las injusticias, el abuso de los poderosos,

la corrupción administrativa y la dependencia extranjera. Y sabía, por una revelación del Espíritu Santo, que no podía morir este país antes de haber visto a los hombres nuevos que el Señor enviaría para realizar la liberación de esos males, la liberación que Él había prometido que no faltaría a su pueblo.

Vino, pues, al templo, inspirado por el Espíritu Santo, a la Misa del Gallo, para cumplir la costumbre de la Iglesia de celebrar el Nacimiento del Divino Jesús al filo de la

N. 60

● artículos

El hombre Simeón

Sembrar y esperar

● quiénes somos

● artículos anteriores



Foto: Javier Bustamante

Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

medianoche. Simeón lo tomó en sus brazos y lo recibió hecho Pan en la comunión y se dirigió a Dios con estas palabras:

Señor,
ahora, ya puedes dejar
que tu servidor
muera en paz porque mis ojos han visto
a tu Salvador,
a Cristo Jesús.

Porque mis ojos han visto en Él
a los hombres nuevos,
los que eligen ser pobres de espíritu,
los limpios de corazón,
los que trabajan por la paz,
los que tienen hambre y sed
de justicia,
a los que vas preparando
para presentarlos a todas las ciudades
de nuestro país:

Luz
para cambiar las conciencias
y concientizar a todas las gentes,
para conducir las por la salvación
que tú buscas,
salvación de verdad y de vida,
de santidad y de gracia,
de justicia, de amor y de paz,
para anunciar a pobres y ricos
al fin de sus males.

Y sean,
junto a Cristo Jesús,
co-salvadores con Él
y gloria y orgullo
del Pueblo de Dios.

Mons. Ramón DE LA ROSA Y CARPIO

Quién liberará este pueblo.

Editora Montalvo: Santo Domingo, 2011. P. 73.

N. 60

● **artículos**

El hombre Simeón

Sembrar y esperar

● quiénes somos

● artículos anteriores



Sembrar y esperar

La Virgen María es reina de la alegría, que ella nos dé ese inmenso don. Cuando nosotros predicamos la fe, cuando testimoniamos el cristianismo, cuando proclamamos la Resurrección de Jesucristo, a veces nos enfadamos con la gente que no nos cree. Si a alguien se le ocurre que se enfade porque los demás no crean, que tenga cuidado, que vigile, porque a lo mejor es él quien está empezando a perder la fe, se le está disolviendo como un azucarillo en el agua. Si yo me enfado con alguien porque no cree, si soy intolerante, es que pienso que yo tengo fe por esfuerzo mío, que lo he logrado por un acto de mi voluntad. En ese momento me estoy equivocando totalmente, en ese momento estoy teniendo orgullo.

Los cristianos hemos de predicar, anunciar la Resurrección con palabras, con obras y con alegría, que es lo mejor para anunciar la Resurrección. Y hacerlo con una serena paz y esperanza. Predicamos la Resurrección y, luego, ¿qué ocurre? Entre que yo la predique y que la gente la crea, hay un intermedio; tiene que intervenir Cristo personalmente en su corazón. Ahí no me toca a mí, ni al sacerdote, ni al catequista, ni al cristiano, ni al padre de familia, ni al abuelo. Nosotros no podemos dar el don de la fe, eso es don directamente de Dios a las personas. No nos enfademos si no lo tienen aún. En cambio, si tenemos paciencia, les ayudaremos para que no se cierren a ese don de la fe cuando lo reciban.

Entonces algunos podréis preguntar: si Cristo a cada persona, para que crea, le tiene que tocar su mundo

interior, su pozo interno, ¿para qué hay que anunciar, entonces, el Evangelio? Por una razón muy clara, el Evangelio mismo nos responde: “creerán lo que les había anunciado, lo que se les había dicho”. Para que venga el don de la fe ha tenido que preceder el anuncio; por eso los predicadores, todos los cristianos, al anunciar la Resurrección sabemos que estamos condenados al ridículo, que por nosotros mismos no nos creerán, pues la Resurrección es algo sorprendente. Nosotros tenemos fe, pero si creemos es por don de Dios, no por nuestro esfuerzo. Volvamos a la humildad de la fe, reconozcamos a Dios lo que es de Dios, la fe nos la dio Él; reconozcámoslo todos, no seamos orgullosos ni intolerantes con los demás, porque, en esos casos, es nuestra fe la que se está desorientando.

María, Madre de la Paz: que sepamos anunciar la fe pero produciendo paz, produciendo alegría. Hay un paraíso nuevo y sólo una cosa falta para vivirlo: que nos amemos. Si nos amamos los unos a los otros, este mundo es ya un trocito de cielo.

Juan Miguel González-Feria



Foto: Javier Bustamante

N. 60

● **artículos**

El hombre Simeón

Sembrar y esperar

● **quiénes somos**

● **artículos anteriores**